

**H**ACE una semana, en el diario "El Mercurio" del 23 de julio apareció en "Cartas del público", la siguiente protesta:

"En la Alameda B. O'Higgins de nuestra capital, frente a lo que fué la Biblioteca del Instituto Nacional, demolida en 1926 (¡Cuánto dato inútil, Dios mío!), se levanta el monumento de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Victor Amunátegui, cuya erección dirigiera el gran historiador don Diego Barros Arana.

Hoy este monumento se está profanando por una pandilla de muchachos vagos y harapientos, en las mismas barbas de la policía, considerándolo peor que habitación callampa. Tan pronto empieza la obscuridad, se reúnen en sus gradas no menos de diez de esos muchachos, y, encendiendo grandes fogatas, hacen corro bullicioso a su alrededor y se apoderan en toda forma de dicha construcción; hacen de ella un verdadero estercolero y la destinan para todas sus necesidades en la forma más libertina; le están destruyendo sus graderías de granito y llenando de mugre y toda clase de inmundicias, peor que si fuera lecho del Mapocho.

¿Es esto concebible en pleno corazón de la ciudad? ¿Así se cuidan esas memoraciones históricas de nuestros prohombres?"

Firma: VIEJO SANTIAGUINO.

Este es, precisamente, el tipo de publicación que logra el milagro inaudito de no hacerme coger la pluma, sino de que sea la pluma quien me coja a mí. Su autor anónimo, que me merece todo respeto, es —lo dicen él mismo y su estilo extraño— un caballero de cierta edad. Con lo que me pregunto cómo, en tan largo tiempo, no supo que no debe escribirse jamás "santiaguino", sino "santiagoño". Pero dejemos esto para los críticos. Aquí no hago crítica sino vida; vida humana, vida nuestra, y para mayor abundancia: "iluminación de la realidad". Porque, para este excelente caballero de los viejos y ciegos tiempos de Chile (que nos dejaron, precisamente, donde estamos), no existiría sino la realidad que él describe. Por esto, el "Ojo vidente del cuerpo ciego", el escritor, va a procurar iluminarle otra realidad: la vida. Ojalá lo consiga.

Pues bien, mi dignísimo señor, lo que usted dice está bien. Estoy con usted en aquello de que la ciudad debe mantenerse limpia, armoniosa, reluciente. Es éste un lujo al que todos tenemos derecho, y que, como todos los lujos, surge espontáneamente de la abundancia y del bienestar; o sea, ahí mismo donde termina la lucha y se extingue la poesía. Usted hallará fuera de lugar aquí a la poesía; pero ocurre que, por una desgraciada limitación, yo no concibo la poesía sino allí donde hay vida palpitante e integral. Con lo que usted me viene a probar, con su prosa, que ya ha logrado a través de los años una situación espectable, de la que yo no gozo todavía, de la que

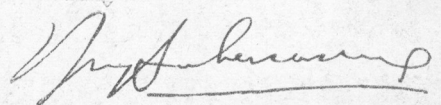
tampoco goza mi hermana, la "pandilla harapienta", y que está lejos de haberla obtenido el resto del país. Por esto su protesta me sabe a profanación, no del monumento de los hermanos Amunátegui, sino de la vida misma y de lo que ella significa en penosa realidad, en frustraciones juveniles y en desfado patriótico. Porque, al cabo, mi buen señor, si ocu-

Ellos ignoran hasta el crimen que estamos cometiendo contra la esperanza del mundo. Ellos no leen —por suerte— su artículo ni el mío. Ellos no podrían comprender que hay otros chilenos que no los aceptan porque la miseria ha maculado sus cuerpos y sus almas, aun cuando un buen baño, una ropa limpia, una comida abundante y una educación adecuada los habrían

tornado harto más bellos, por dentro y fuera, que usted y que yo. Ellos son alegría, fuerza y bondad empecinada de una juventud que ya no poseemos en nosotros, y en la que ellos perseveran. Ellos son una protesta inconsciente hacia un país que los relega a donde ellos —muy legítimamente— no desean estar, lo que los hace buscar nuestra compañía, nuestras luces, nuestra animación, nuestro dinero, y, ¡oh, prodigio sugerente!, la

sombra de nuestros próceres. Ellos, con sus fogatas y su libertinaje maravilloso, dan la justa medida del Chile de hoy, y no habría poder en el mundo capaz de ocultarlo, porque si usted expulsa a la realidad, ésta volverá a galope tendido. Ellos están en su pleno derecho de ciudadanos para buscar el calor de nuestro ajeteo en las crudas noches de invierno, y para bañarse en nuestros surtidores de agua en el bochorno del estío. Porque lo poco que hemos construido en Chile no ha sido hecho sólo para usted y para mí, sino para todo nuestro grupo humano. Si el uso que damos a aquello difiere en unos y otros, no es por culpa de estos muchachos, sino porque en nuestra ceguera y necesidad colectivas hemos creído posible vestir de etiqueta llevando los pies descalzos... Créame que lamento, mi buen señor, que el monumento a que usted se refiere no haya sido fabricado en madera, para poder así trozarlo bajo el hacha y contribuir de esta manera a dar mayor calor a esos cuerpecillos ateridos. Porque la palabra Patria, señor, no tendría significado si ella no significara amor entre los que forman una misma familia unida en un sólo destino humano.

Sí; muy hermosa sería una ciudad limpia. Estoy con usted. Pero sería horrible si esta limpieza hubiéramos de pagarla con la mentira y el olvido de que los chilenos somos muchos (como está ocurriendo en cierta ciudad del Norte) y de que la inmensa mayoría de ellos sufre por la ceguera de ciertos hombres, que, como usted, no comprenden que la Realidad, con mayúscula, se refiere únicamente a la Vida y no a una realidad personal y semiurbanística, que nada tiene que ver con el inmenso y dolorido cuerpo de Chile.



## PLUMAS NACIONALES

# LOS EXECRABLES HARAPIENTOS

POR BENJAMIN SUBERCASEAUX

re que honramos y amamos a nuestros prohombres, esto se debe a que ellos también nos amaron. Ellos supieron de nuestras realidades; sobre todo éstos, que hicieron historia. Así, pues, el zócalo granítico de sus monumentos no sabría destruirse bajo la carne blanda de esas manos frías y de los ateridos pies adolescentes, que buscan refugio ahí para huir de la soledad y obscuridad de sus barrios míseros. ¿Que ensucian, orinan y ponen en juego sus "necesidades libertinas"?, como usted dice. Harto puros habrán de ser entonces si consiguen hacerlo en el corazón luminoso de la capital de Chile y bajo las "barbas de la policía" (la policía ya no lleva barbas, mi buen señor). ¿Que usted querría relegarlos a los campos de concentración de sus poblaciones callampas?

Temo que haría fruncir el ceño a los hermanos Amunátegui, si lo lograra. Imagino, por el contrario, que ellos han de estar de pláceme al sentirse menos solos. Porque esta pandilla harapienta, mi buen señor, que ríe, enciende fogatas y que ni siquiera sabe quiénes son los "señores de arriba", están ahí por culpa de todos nosotros... ¡Y créame que ya hacen mucho con reír y tomar a chanza la horrible tragedia de su infancia y de su abandono! De seguro que su gesto sería harto torvo si usted se viera abocado a una situación semejante. Por esto, si no está en nuestra posibilidad personal el remediarlo al instante, riamos con ellos, ayudémosles a mantener sus fogatas, sentémonos en torno a conversarles, y deslicémosles con disimulo algunas monedas para que vayan a tomar un café con leche al Ramis Clar de enfrente... Y, sobre todo, mi viejo santiaguño, pensemos en la inmensa piedad de la poesía y de la juventud, que logra dar un tinte risueño y hasta cándido a tan intolerable y repugnante espectáculo.

Porque estos niños son también chilenos, mi buen señor. Poseen unos cuerpos tiernos y ardientes que encierran un alma inmortal, provista de toda la dignidad humana. Ellos no lo saben.